

La memoria: dilema político, apuesta para el pensamiento de lo político

Por *Antonia García Castro**

A modo de prólogo podría empezar con una anécdota. Hace más o menos un año, le comenté a un Profesor chileno, que andaba de paso por París, el tema de un congreso al que acababa de asistir; el tema era "Impunidad en América Latina" y el Profesor preguntó: "¿Impunidad, impunidad, qué es eso impunidad? Es un tema muy amplio, ¿no?"; le comenté también el tema de mi propia investigación y el Profesor se extrañó: "¿Memoria? Ese es un concepto francés", dando a entender que dicho concepto no pasaba de ser una curiosidad típicamente francesa. Mi propósito es examinar de qué manera se puede entender la memoria como algo más que una fantasía de los franceses, tal vez como una llave posible para aprehender cierta realidad contemporánea, que no es típicamente francesa, ni tampoco típicamente chilena, ni inclusive, típicamente latinoamericana; la desaparición forzada. Las reflexiones que les voy a presentar se basan en un trabajo empírico acotado al caso chileno. Es decir, a la evocación de los desaparecidos en democracia. Preciso, como preliminar, que lo que me interesa en el concepto de memoria es la posibilidad de ver en el hecho de "hace presente el pasado" algo más que una mera operación individual; un hecho social.

¿Cómo se van los que desaparecen?

En Chile, la desaparición-forzada de persona emerge como método de subordinación de la sociedad, a partir del golpe de estado del 11 de Septiembre de 1973. Se inscribe dentro de la lógica de la doctrina de la Seguridad nacional, integrado por los ejércitos latinoamericanos a fines de los Años sesenta, postulando - en plena armonía con la política exterior de EE.UU. de aquella época - que el

* Egresada del Instituto de Ciencias Políticas de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

enemigo absoluto es el comunismo: enemigo infiltrado, enemigo interior, enemigo no-convencional que puede y debe ser combatido con métodos no-convencionales. La desaparición-forzada es uno de esos métodos y consiste básicamente en la secuencia siguiente: secuestro, encarcelamiento clandestino, tortura, muerte, ocultación del cadáver. Es precisamente esta ocultación la que nos permite hablar de la desaparición como de un método singular y no como de una simple, y terrible, suma de actos criminales.

La desaparición-forzada pasa por la apropiación de un individuo pero trata de neutralizar todo un entorno, toda una red de relaciones sociales: la ausencia inexplicada genera incertidumbre, miedo, indefensión. Al ocultar el cuerpo se suprime la prueba de que un acto criminal fue cometido. De esta manera, la desaparición pretende quedar fuera de la ley: es un acto —en el sentido fuerte de esta expresión— fuera de la ley. Así es como incrementa el poder de quienes la practican mientras acentúa el sentimiento de vulnerabilidad de los que son testigos de que “algo está ocurriendo”, sin poder precisar qué es lo que efectivamente está ocurriendo. La desaparición conlleva una orden muda: “no te metas, no te metas porque mi poder es absoluto y tu protección inexistente”. Dicho de otra manera, quienes están detrás de la desaparición-forzada no sólo raptan, no sólo matan, no sólo ocultan, sino que además comunican, ordenan, desvinculan, rompen lazos sociales.

Entre 1973 y 1990, desaparecieron en Chile mil ciento dos individuos (cifra del Informe Rettig, 1991), miembros de los principales partidos de la izquierda chilena (partido socialista, partido comunista, movimiento de izquierda revolucionaria, movimiento de acción popular...), sindicalistas, estudiantes, así como hombres y mujeres que fueron sospechados de ser amigos de militantes, sindicalistas...o amigos de amigos.

¿Cómo se van los que desaparecen? Una primera respuesta podría ser: se van sin dejar huellas. Pero inmediatamente habría que plantear una segunda pregunta que puede sorprender: ¿Cómo vuelven los que desaparecieron?. Esto es lo que quisiera examinar brevemente: ¿Cómo vuelven hoy, en democracia, esos que desaparecieron ayer en dictadura? Se trata por supuesto de algo próximo a la metáfora: los detenidos desaparecidos chilenos no regresaron con vida. En la mayoría de los casos, se los llevaron y no se les vio nunca más. A pesar de esto, no es abuso de lenguaje hablar de una

presencia de los detenidos-desaparecidos hoy día. Ellos vuelven porque su ausencia genera palabras, vuelven porque su ausencia tiene visibilidad, vuelven porque años atrás su ausencia generó un movimiento social singular, que impuso el tema de la desaparición, primero, como argumento de denuncia del régimen militar, luego, como dilema para el nuevo gobierno democrático.

En este contexto, la pregunta sobre la presencia de los desaparecidos debe ser examinada bajo dos aspectos: en primer lugar. ¿Cómo vuelven, es decir, con qué medios, a través de qué tipo de mediaciones?: en segundo lugar, ¿Cómo vuelven es decir bajo qué formas? O dicho de otra manera. ¿Bajo qué nombre?

Una primera mediación: el itinerario de los familiares.

Si bien es cierto que la desaparición se caracteriza por la ausencia de huellas y la voluntad de suprimir toda prueba del crimen cometido, ese mismo vacío se convierte en huella para el entorno afectivo del que desaparece. Si bien es cierto que no hay ninguna tumba que asegure la muerte y la vida pasada diciendo "aquí yace...", ese mismo vacío se vuelve elocuente, dice, día tras día: aquí en la mesa, aquí en la casa, aquí, no está quien debería estar. La ausencia se hace visible en el espacio cotidiano mientras la memoria de los familiares, de los amigos, va recreando presencia. Por eso, la pregunta interior de los familiares podría ser: "¿Dónde estás, tú que ya no estás pero que vuelves día tras día en mi recuerdo?". Es esta inquietud, el tener que saber en dónde están los ausentes (que no pueden ser considerados como muertos y que por lo tanto, al igual que los fantasmas, siempre pueden volver). es también la necesidad de liberarse de esta memoria dolorosa, lo que empuja a los familiares a salir a las calles y progresivamente a constituirse como agrupación a partir de 1975.

Los familiares van a caminar tras las huellas de sus seres queridos: lo que significa, en primer lugar, que se van a proponer buscarlos hasta encontrarlos y, en segundo lugar, que sin proponérselo, por el mero hecho de emprender este trabajo de investigación, van a asumir, en dictadura, el papel que hubiesen desempeñado los ausentes. Es decir que van a irrumpir en la escena política como figuras de la resistencia al poder militar.

Uno de los ejemplos más impactantes de esta resistencia particular de los familiares es el que da la *cueca sola*. La cueca es el baile nacional. Se trata de un baile que representa el juego de seducción de dos personajes típicos del campo chileno: el huaso y la china. Es este baile, los personajes se persiguen siguiendo los contornos invisibles de un " 8 " marcado en el suelo, sin tocarse, pero definitivamente ligados el uno al otro porque cada gesta, cada sonrisa, cada mirada, induce una respuesta del otro. Las mujeres de los desaparecidos, madres, esposas, hijas, bailan solas. Y al bailar solas hacen visible para todos los espectadores aquella presencia impalpable de los hombres ausentes: los devuelven a la luz, evidencian el lazo que no se ha roto porque ellas lo mantienen vivo. La cueca, baile nacional, símbolo, entre otros, de esa nación que los militares quisieron apropiarse, se convierte aquí en un instrumento de denuncia: el baile muestra sin mayores discursos la otra cara, la cara criminal del régimen militar. Así es como los familiares van creando imágenes de la desaparición, van llenando con sus propios cuerpos el vacío que los militares pretendían generar. Es así como abren un espacio público a partir del cual van a depositar el tema de la desaparición en manos de la sociedad en su conjunto.

La primera mediación es la de las madres y se hace bajo el modo de la reivindicación. Reivindicación de cierto conocimiento de la verdad —entendida no solamente como descubrimiento de un cuerpo, sino también del itinerario que llevó de la vida a la muerte— y reivindicación de cierto reconocimiento de la culpabilidad de quienes hicieron desaparecer. Estas exigencia de Verdad y de Justicia no han encontrado satisfacción en democracia. Por eso, los familiares siguen su labor de denuncia, volviendo a poner, una y otra vez, el tema de los desaparecidos en la bancada política.

Una segunda mediación: la respuesta gubernamental.

Para entender la posición del gobierno chileno al tema de la desaparición-forzada de personas, hay que tener en cuenta el hecho de que la democracia es fruto de una larga y constante negociación entre civiles y militares. Esta negociación permitió, por un lado, volver a la democracia por la vía pacífica y, por otro lado, que los militares conservaran importantes espacios de poder. La voluntad del gobierno chileno desde entonces (tanto bajo el mandato de Pa-

tricio Aylwin, como bajo el mandato de Eduardo Frei) ha sido de manera prioritaria asegurar la paz. Se ha presentado el tema de la "paz de la ciudadanía" —más frecuentemente denominado "reconciliación nacional"— como el objetivo principal del gobierno democrático chileno. Gobernar en Chile hoy día es en gran medida eso: mantener la paz, lograr la reconciliación, buscar para ello el mayor consenso.

El dilema de la evocación de los desaparecidos en democracia es el siguiente: el tema de la desaparición forzada no produce consenso sino todo lo contrario, remite la sociedad chilena a divisiones pasadas que "no viene al caso" evocar en el presente ¿Por qué? Porque los mismos que ayer se enfrentaron, gobiernan hoy, mano a mano (me refiero, por ejemplo, a la democracia cristiana y al partido socialista, me refiero más esencialmente a la manera en que se ha ido dando el diálogo entre la clase política y los militares). No creo exagerar al decir que los militares participan en el gobierno chileno: ejercen, o han tratado de ejercer, una amenaza sobre la sociedad (acuartelamiento en 1990), disponen de espacios de poder cada vez más grande que les permiten, entre otras cosas, influir en el trabajo legislativo (sistema de los senadores designados) y estos espacios de poder están reforzado por la autocensura del gobierno. Es así como los intereses de los militares siguen moldeando el campo de lo posible en política. En este contexto, el objetivo del gobierno ha sido encontrar una solución al tema de los desaparecidos, es decir, poner fin a un debate que reaviva las divisiones de ayer. En lo que se refiere al tema de la verdad, las propuestas gubernamentales han apuntado hacia dos ejes: establecer la veracidad de los hechos criminales cometidos bajo la dictadura (Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, también conocido bajo el nombre de Informe Rettig, 1991), encontrar los cuerpos aunque sea manteniendo secretos los testimonios que permitan el hallazgo, preservando de esta manera la identidad de los militares implicados (Propuestas Frei, 1995; rechazadas por el senado). En lo que se refiere a la justicia no se puede hablar realmente de propuesta ya que una ley de amnistía, decretada en 1978, impide que se lleven a cabo las investigaciones pertinentes. De ahí el desencuentro entre las exigencias de los familiares y las propuestas del gobierno a juzgar los hechos ocurridos desde el golpe de estado: "El reconocimiento de esta verdad es independiente del juicio que cada cual tenga sobre los acontecimientos políticos de la época ni sobre la legitimidad del 11 de Septiembre". Pero. ¿Qué es

lo que pasó el 11 de Septiembre? Lo único que sabemos es que algo pasó. El gobierno no se pronuncia. La referencia a un juicio no nos remite a un ámbito colectivo: no se trata ni de un juicio penal ni de un juicio político sino de un juicio privado, de una opinión. Al referirse al " 11 de Septiembre " como de un hecho en sí, sin precisar lo que ocurrió, se deja un hueco interpretativo.

La importancia del Informe Rettig fue capital en la medida en que constituyó un reconocimiento oficial del hecho criminal. Hoy día, salvo ciertas autoridades del ejército chileno, nadie se atreve a negar la existencia de los detenidos desaparecidos. Sin embargo, este mismo documento desplazó la temática de las exacciones cometidas en dictadura desde el campo de lo político al campo de la desolación: lo que no quiere decir que no hay en este traspaso una decisión política - hay una decisión política - sino que no se solicita a la comunidad política en el momento de referirse a estos hechos. Lo que emerge de este tipo de discurso gubernamental, centrado en el problema de las violaciones de los derechos humanos, es la temática de la ofensa y del perdón y no la del crimen y del castigo. Así se produce una suerte de privatización del problema de la desaparición.

La encrucijada de la " desmemoria ".

A medida que se van cerrando las posibilidades de satisfacer las exigencias de los familiares, desde el campo de lo político, propiamente tal, el tema de los desaparecidos va cobrando importancia como objeto de memoria.

Desde 1995, se ha construido en Santiago, un Memorial a los Desaparecidos y a los Ejecutados Políticos (en el Cementerio General). Un Parque por la Paz (en la ex-Villa Grimaldi, centro de tortura) y existe el proyecto de crear una Casa de la Memoria que concentre la información sobre lo que fue la represión bajo la dictadura. Quisiera insistir sobre el hecho de que lo que se recuerda esencialmente en estos lugares es la víctima no el actor social. Cabe preguntarse si esta nueva posibilidad que ha otorgado la democracia chilena, de institucionalizar progresivamente el recuerdo de los desaparecidos, como víctimas, no contribuye a legitimar la actual negociación con los militares. El planteamiento sería entonces el siguiente: justamente, porque hemos sufrido tanto, debemos esforzarnos por sanar las heridas; esa es la tarea de la nueva comunidad, reencontrada, pacificada.

Más que olvido, lo que se está gestando en Chile es algo así como una “desmemoria”. Benedetti habla en Primavera con una esquina rota de “desexilio”, acaso no sea un absurdo hablar de “desmemoria”. Tal vez, toda memoria sea una desmemoria, es decir que la atraviesan silencios, zonas oscuras, adornos, agregados. Aceptar la idea de una desmemoria sería insistir en esa característica mayor que tiene el “hacer presente el pasado”: la memoria como inevitable pérdida (de sentido) y permanente reconstrucción (de sentido) del pasado.

Se pueden distinguir tres grandes tendencias, o tentaciones, de lo que es actualmente la memoria/desmemoria de la desaparición de Chile:

1) **La tentación del vacío absoluto:** se trata de la visión de aquellos militares que siguen pretendiendo que no pasó nada y de si algo pasó fue porque había una guerra; en el límite, los desaparecidos nunca existieron.

2) **La tentación de la desolación:** se trata de la visión que emana de las propuestas gubernamentales que no ven en la experiencia de la desaparición nada más que un hecho doloroso, una herida abierta que hay que sanar, entonces se presenta el tema como si fuera fundamentalmente un problema entre personas y no entre ciudadanos. Es decir, entre miembros de una misma comunidad política.

3) **La tentación de la “victimización”:** que se acompaña a veces de cierta idealización; en particular, los monumentos que celebran la memoria de los desaparecidos se restringen al hecho criminal que convirtió a los desaparecidos en héroes, o en mártires, de una lucha que muchos no reconocen como legítima y que otros desconocen por ser hijos de la dictadura.

Lo que nos autoriza a hablar de memoria es la posibilidad de distinguir un pasado de un presente así como la capacidad de hacer presente “algo” del pasado. Hay que agregar que el hacer memoria supone siempre la existencia de un actor negociante de los recuerdos: recordar no es revivir el pasado (ver Funés el Memorioso, de J. L. Borges). Las tres tendencias que hemos señalado varían en contenido pero todas dan por sentada la frontera pasado/

presente: algo ocurrió, algo sobre lo cual no existe consenso. Mi pregunta sería la siguiente: ¿Por qué transformar en recuerdo un hecho que sigue afectando a la sociedad chilena? Con la desaparición-forzada, precisamente, la frontera pasado/presente se desvanece, pierde todo sentido, porque se trata de un crimen permanente: la desaparición borra las huellas y suprime las pruebas a largo plazo. Por eso mismo, mientras no se investigue mientras no se levante el misterio que cubre el destino de mil ciento dos individuos, mientras no se llene el hueco que se dejó, en breve, mientras no seamos capaces de darle un sentido a la palabra "desaparecido", no podemos pretender afirmar que todos esos acontecimientos inabundantes constituyen nuestro pasado: precisamente esta incapacidad es lo que constituye nuestro presente. En este contexto, la progresiva institucionalización del recuerdo de los desaparecidos es una victoria amarga o a doble filo: es cierto que asegura la transmisión, o el conocimiento, del hecho criminal (y no de la lucha política que tuvo como consecuencia el crimen), pero no permite por sí sola la transformación de la desaparición en experiencia. En el sentido de sacar lecciones —no a título personal sino como comunidad política preocupada por su propio pasado, por su presente y por su futuro— de tomar posición frente a los hechos, de apropiarse plenamente de lo pasado, de prepararse a lo que siempre puede venir...

El regreso de los hombres sin historia.

¿Cómo vuelven los que desaparecieron? Como desaparecidos. Lo que quiere decir sin nombre, sin apellido, sin historia. No tener nombre, es no tener raíz, es hallarse desvinculado de todo grupo social. La historia de los "desaparecidos" es inenarrable porque sólo quienes los ocultaron saben exactamente lo que les aconteció. Pero es también inenarrable, en la medida en que rara vez se pone de relieve lo que fueron esos detenidos antes de desaparecer. Y ellos fueron algo más que víctimas, algo más que vacío, ocuparon un lugar en la sociedad chilena. Pero dicho lugar no puede ser reivindicado en la actual democracia y es inevitablemente silenciado. Esto, y no sólo la falta del cuerpo, es lo que convierte a los detenidos-desaparecidos en fantasmas, en muertos sin sepultura, de la democracia chilena.

Hoy en día, el tema de la desaparición no moviliza grandes masas en Chile. Sin embargo, sigue siendo un argumento en contra

de la legitimidad de los militares. El reciente nombramiento del General Pinochet como senador vitalicio generó un importante movimiento de descontento en la población chilena, especialmente en la juventud. Una vez más, se levantó la bandera de los desaparecidos, como se levantan los carteles con esos rostros que no dicen nada sino que en algún momento estuvieron. Observamos a esos que no están y vemos a ese otro que sí está. Y entre las dos imágenes se van forjando nuevas problemáticas y nuevas preguntas:

1) A la hora de analizar la memoria, no estamos analizando sólo contenidos sino esencialmente un movimiento, una dinámica. El filósofo Paul Ricoeur dice que la memoria es siempre la memoria de alguien que tiene proyectos (Ricoeur, *La Critique et la Conviction*, 1996). Agregaría a esta propuesta que si la memoria no es sólo huella del pasado es también construcción social; emana de las relaciones sociales, de los encuentros con unos de los conflictos con otros.

2) La matriz política de esta construcción debe ser considerada porque nos permite pensar la memoria ya no sólo como operación individual, sino como hecho social, e incluso, como verdadero instrumento de poder. La construcción de ese pasado de dolor, su institucionalización cada vez más importante, le da al ciudadano chileno certidumbres importantes. Le asegura, por ejemplo, que el período autoritario ha quedado atrás, junto con los rostros de los desaparecidos que nos miran, al parecer, desde la frontera pasado/presente. Le asegura que la democracia va por buen camino y que está en buenas manos. De esa seguridad se nutre el actual ejercicio del poder en Chile.

Las preguntas que quedan pendientes son por lo menos tres:

1) El tema de la responsabilidad frente al crimen político. ¿Cómo conciliar democracia e impunidad? El tema no es tanto el del castigo sino el del acto normativo que supone el juicio: el volver a dibujar la frontera de lo inaceptable en una sociedad, como resolución de la sociedad en su conjunto. En el caso de la desaparición hay que considerar el hecho de que la impunidad estaba inscrita en el crimen mismo. La incapacidad para investigar y juzgar es uno de los efectos de la falta de huellas y de pruebas que supone la

desaparición de personas: lógica que los gobiernos democráticos no han logrado refrenar, lógica que convierte la desaparición en algo más que un crimen fuera de la ley, en un verdadero método de subordinación, de disciplinamiento, a largo plazo.

2) El tema de la legitimidad de los gobernantes y más precisamente de la legitimidad de la negociación en política. ¿Hasta que punto se puede negociar en democracia? ¿Acaso no existe, en cada sociedad, un límite a la negociación?

3) El tema de la competencia del ciudadano. La amnistía, tal como ha sido aplicada en Chile, supone que el ciudadano es incompetente para pronunciarse sobre un período determinado del pasado. Aquí la pregunta es: ¿Quién decide? O ¿Quién tiene el derecho de “decir el derecho”, en circunstancias tan particulares como lo son las transiciones democráticas?

Últimamente se podía leer en las calles de Santiago: “Vecino, recuerda, el mejor candidato es el que no ensucia”. Era un anuncio puesto por la municipalidad de Santiago en vistas de las elecciones parlamentarias. pero, no se dirigía al ciudadano sino al miembro de una comunidad de interés mucho más reducida: el vecino. Esta inscripción parece indicar que ya han pasado los tiempos de los rayados, de las brigadas muralistas y que el argumento político ya no necesita de las calles de la ciudad como soporte porque el espacio de lo político está en otro lado. Pero, en última instancia, nos dice también que lo que define a un buen candidato, en definitiva, ni siquiera en su propuesta sino una actitud: “el mejor candidato es el que no ensucia”.

Pero tal vez este sea el límite de mi reflexión, tal vez aquí me esté aventurando en tierras ajenas, tal vez este ciudadano desligado, deseado por los militares, emergente en democracia, tal vez sea un hombre feliz: así, sin un pasado que le pese, sin un futuro que lo comprometa, bogando risueño en un presente que no da lugar para terribles acusaciones pero tampoco para grandes promesas.